

LAS DOS ESPAÑAS Y LA EMANCIPACIÓN LITERARIA AMERICANA EN *EL INICIADOR* DE MONTEVIDEO¹

JOSÉ MARÍA FERRI COLL

JM.Ferri@ua.es
Universidad de Alicante

EVA VALERO JUAN

Eva.Valero@ua.es
Universidad de Alicante

Resumen

El Iniciador de Montevideo intentó dar alas a la joven generación de escritores que por entonces despuntaba en las letras argentinas y uruguayas. A estos literatos se les quiso hacer protagonistas nada menos que de la emancipación cultural y literaria de la antigua metrópoli, de la que ya se había zafado en el ámbito de su dependencia política la generación precedente. Si a los mayores había correspondido ese logro, a los jóvenes tocaba ahora encabezar la cruzada intelectual que debía otorgar a las letras americanas respiración propia, sin contar ya con el balón de oxígeno de la Península. Sin embargo, tal contienda no se libró contra todo lo español. Se dejó indemnes, en efecto, a los jóvenes románticos españoles, con Larra a la cabeza, quien se convierte en modelo tanto literario como cívico.

Palabras clave: *El Iniciador*, Joven generación argentina, Larra Figaro, Alberdi Figarillo.

Abstract

The newspaper *El Iniciador* of Montevideo tried to give support to the young generation of writers who were well known in the Argentinian and Uruguayan literary scene.

1. Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación ROMANTICISMO ESPAÑOL E HISPANOAMERICANO: CONCOMITANCIAS, INFLUENCIAS, POLÉMICAS Y DIFUSIÓN (FFI2011-26137), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

These writers are the protagonists of initiating the literary and cultural emancipation of the old metropolis, which had already shed its political dependence. If this objective concerned the previous generation, in contrast, the younger generation waged an intellectual war to give Latin American literature its own space without the influence of the Spanish Peninsula. However, this contention was not fought against everything Spanish. Larra, who became a literary and civic model, and the young romantic generation were imitated and valued.

Keywords: *El Iniciador*, Young Argentine generation, Larra *Figaro*, Alberdi *Figarillo*.

Tratar sobre la independencia cultural y literaria latinoamericana que fue cuajando tras el proceso de la Emancipación política, como proyecto de construcción identitaria de las nacionalidades de las nuevas repúblicas, podría resultar tarea repetitiva dada la abundante bibliografía crítica existente. Sigue quedando, sin embargo, por explorar un inmenso campo de estudio: el que nos abren no ya las páginas de obras célebres de la primera mitad del siglo XX, sino otras fuentes, más furtivas, sin duda menos conocidas para la historia de la literatura y que, no obstante, contienen el pulso vivo de ese proceso de construcción cultural latinoamericana desde sus mismos orígenes: nos referimos, por supuesto, a la prensa. De la vastedad de tal corpus textual, nos hemos quedado en una región principal, por ser pionera en los procesos iniciales emancipadores: el Río de la Plata, donde surge la llamada *Joven generación argentina*, creadora de un periodismo crítico que se fue agavillando en dos publicaciones esenciales: *La Moda* (Buenos Aires, 1837 y 1838); y *El Iniciador* (Montevideo, 1838 y 1839). Nos detendremos, en concreto, en el estudio de este último, atendiendo al análisis de la visión de España que puede espigarse en los artículos —las críticas y los puntos de encuentro—, con la necesaria acotación a los artículos más relevantes en esta dirección².

La *Joven generación argentina* en el contexto de *La Moda* y *El Iniciador*

Cuando apareció el periódico *La Moda* en 1837 en Buenos Aires, dirigido por Juan Bautista Alberdi, la nueva publicación se erigió en tribuna de expresión de la mencionada *Joven generación argentina*, que se había congregado en torno a la figura de Esteban Echeverría. El objetivo fue muy claro desde los primeros números: el ataque a la dictadura de Juan Manuel de Rosas, así

2. La revista se halla publicada en formato digital en la siguiente página web del Portal de Publicaciones Periódicas del Uruguay: <http://www.periodicas.edu.uy/v2/minisites/el-iniciador/index.htm>. Citamos siempre según esta edición, indicando a continuación del texto volumen y página. Existe también edición facsímil (1941).

como la difusión de las ideas en boga en Europa. España habría quedado fuera del circuito de esas ideas que se quisieron difundir en Argentina, pues se orillaron los valores y costumbres arcaicas de la antigua metrópoli con el fin de propiciar el *renacimiento* de las nuevas formas de vida que tal generación de intelectuales pretendía. Sin embargo, la estampa de España que pergeñaron no fue unívoca, o monolítica, entre otras cosas porque la realidad de la intelectualidad española no lo era en sí misma. En la vieja «madre patria», cuya estela se pretendía borrar, habían surgido otras voces, críticas con la propia nación, que serían vistas y tildadas desde América como la «Joven España», formada por intelectuales encabezados por Larra (Valero, 2011; Ferri, 2014) o Espronceda —cuya *Canción del pirata* reprodujo *El Iniciador* en su primera entrega—, que serían los autores más aclamados desde «la otra orilla». Fundamentalmente la influencia de Larra, que se había suicidado pocos meses antes de que *La Moda* comenzara su andadura, en febrero de 1837, no se dejó esperar. Así, una de las plumas más conocidas y reconocidas de *La Moda*, Juan Bautista Alberdi, firmó sus artículos con el pseudónimo de *Figarillo*, y la justificación de este pseudónimo, como apunta Eduardo Segovia Guerrero, es un verdadero homenaje al romántico español. La encontramos en el n° 4 de *La Moda*, con fecha de diciembre de 1837:

Por muchas razones me llamo Figarillo y no Fígaro. Primero, porque este nombre no debe ser tocado ya por nadie, desde que ha servido para designar el genio inimitable cuya temprana infausta muerte lloran hoy las Musas y el siglo [...] Me llamo Figarillo y no otra cosa, porque soy hijo de Fígaro, es decir, soy un resultado suyo, una imitación suya, de modo que si no hubiese habido Fígaro, tampoco habría habido Figarillo: yo soy el último artículo, por decirlo así, la obra póstuma de Larra.

La expresión del sentimiento de deuda con el «maestro» no podría ser más rotunda. Y desde esta consideración de sí mismo como «producto» de Larra, Alberdi recurriría una y otra vez a sus páginas e ideas sobre España para adaptarlas a la propia realidad argentina. Así lo vemos en artículo de primero de agosto de 1838 titulado «Reacción contra el españolismo», donde, como se dirá más adelante en este trabajo, utiliza las palabras de Fígaro para denunciar la situación de Argentina en aquellos años en los que, paradójicamente, encuentra coincidencias de base con la España del momento. De este modo, la visión de España que se estaba pergeñando en las páginas de *La Moda*, como también después en las del uruguayo *El Iniciador*, lejos de ser plana y de reducirse al mero antiespañolismo, ofrece una enriquecedora dualidad que al fin y al cabo muestra la evidencia: que de la ruptura política surgieron ya, en aquellas décadas del 30 y el 40, incipientes puentes de comunicación entre España y América (los que décadas más tarde, en el período de entresiglos,

serían cruciales para las relaciones entre la intelectualidad de ambos lados del Atlántico); y que esas relaciones intelectuales fueron posibles por la similitud en problemáticas en el fondo parejas (dentro de las diferencias históricas): el convulso nacimiento de las nuevas repúblicas independientes, y la no menos problemática regeneración que España estaba obligada a protagonizar debido en parte a la pérdida de sus colonias, desde los años de la Emancipación, hasta la conclusión de ésta en 1898.

Así se entiende que en *El Iniciador* se repitieran los halagos al autor de «Vuelva usted mañana» y a la generación que él representaba. Firmado por la redacción, se publicó el artículo «Fígaro y D. Mariano José de Larra» en que se enarbolan los principios del liberalismo:

Así cuando en aquella misma nación se alza una bandera que lleva el mote de libertad y progreso nosotros la seguimos inquietos y curiosos; nos gozamos en sus triunfos, lloramos sus contratiempos; rogamos al cielo porque flamee un día en el seno de la paz y la libertad. (II, 38)

En cuanto a la creación literaria se corrobora lo que afirmábamos arriba sobre la falta de unanimidad a la hora de juzgar la validez de los modelos peninsulares en la producción artística de las nuevas repúblicas americanas:

Cuando llega hasta nosotros, la firma de algún español ilustre, los ventajosos ensayos que en la literatura empieza a hacer la juventud española desde el albor del nuevo día que amaneció en la tumba de Fernando, aplaudimos y nos gozamos. [...] La joven España, se ha dicho en este papel, es hermana de la joven América. (II, 39)

Se alude asimismo a la aparición de las obras de Larra a las que se refería la redacción al final del anterior tomo. El libro del madrileño se dirige a todos los públicos, igual que *El Iniciador* —repárese en que esta publicación lleva por subtítulo *Periódico de todo y para todos*—. Se celebra aquí la vena satírica de Fígaro y su compromiso social y político, recalcando que el autor de *El doncel de D. Enrique el Doliente* había sido educado en los principios literarios franceses, lo que no había sido obstáculo para que este se hubiera convertido en adalid del progreso, de la duda, del escepticismo, y del desgarramiento interno. Y finalmente no se desaprovechó la ocasión de poner el dedo en la llaga para culpar a la España vieja, a la patria rutinera y perezosa de la muerte de su mejor periodista: «La España le mató, madre viuda cuyos padecimientos no pudieron ser indiferentes a un buen hijo que no podía remediarlos» (II, 44).

Volviendo a *La Moda*, esta publicación tuvo una vida efímera: veintitrés números que concluían en abril de 1838, cuando el grupo pasó a la

clandestinidad y después al exilio en Montevideo, entre ellos Alberdi³. Sin embargo, cuando éste se exilió a la ciudad vecina por estas mismas fechas, otro periódico prometía continuar la tarea. En efecto, *El Iniciador* de Montevideo, fundado el 7 de abril de 1838 por Andrés Lamas y Miguel Cané (íntimo amigo de Alberdi), prosiguió la línea temática —política y social— e ideológica de *La Moda*, y su objetivo radicó en desarrollar el ideario socio-político del pensamiento rioplatense. Entre sus colaboradores, encontramos a los mencionados fundadores, a los que se suman otros nombres como el propio Alberdi, el italiano Gian Batista Cúneo, Juan María Gutiérrez, Félix Frías, Santiago Viola, Juan Cruz Varela y su hermano Florencio, Carlos Tejedor, Esteban Echeverría, Luis Méndez, Miguel Irigoyen, Rafael Corvarán o el joven Bartolomé Mitre. Como informa Ghirardi, algunos de ellos habían enviado sus trabajos desde Buenos Aires, antes del exilio (2003: 15-46).

El primer artículo del periódico —la «Introducción»—, es un editorial en el que se plantearon los objetivos del periódico, y resulta significativo que hacia el final se anunciara que en *El Iniciador* se publicarían artículos de Larra, celebridad entre la juventud del momento, de quien ya se habían editado en Montevideo dos tomos de artículos en 1838.

Alberdi participó de forma muy activa en este periódico, con colaboraciones que en ocasiones ya se habían publicado en *La Moda* y con nuevos artículos en los que continuó firmando con el pseudónimo de *Figarillo*⁴. La hispanofobia que rezuma un artículo como «¿Qué nos hace la España?» —donde la queja principal se cifra sobre la persistencia en el tutelaje cultural: «Después de habernos gobernado por su autoridad, hoy nos gobierna por su espíritu»— tiene un nuevo desarrollo en el ya citado «Reacción contra

3. Como relata Olsen A. Ghirardi, «Alberdi habría sido llamado desde Montevideo por Miguel Cané —que había emigrado en 1834— para que colaborase en la redacción de *El Iniciador* [...]» (2003: 15). Ya en la redacción del nuevo periódico de Montevideo, Alberdi justifica su colaboración en la entrevista rotulada «Figarillo en Montevideo»: «Se acabó *La Moda*; a ese tiempo apareció *El Iniciador*, y como yo no puedo vivir sin escribir, así como los pájaros no pueden vivir sin cantar, me vine a juntarme con los alegres redactores del *Iniciador*. Me parecieron todos gentes de humor, parecidos a mí. Sé además que en esto de letras el país promete tanto como Buenos Aires, y no me sorprende, porque sé de qué madre proceden ambos. Hijos de una misma España, tienen la misma locura por las letras» (I, 198). Sobre los intereses de los jóvenes literatos porteños y los uruguayos, Figarillo afirma que también son iguales. Cuando se le pregunta por *El Iniciador* en Buenos Aires, responde así: «Usted no sabe que aquella gente es como esta, de iniciación, de progreso, de movilidad, que comprende al vuelo, que adivina el gesto [...]» (I, 199).

4. Olsen A. Ghirardi ofrece detallada información sobre los artículos publicados por Alberdi en este periódico, en su trabajo «Juan Bautista Alberdi y *El Iniciador* de Montevideo» (2003).

el españolismo» (que apareció nuevamente al final del número 7, con fecha 15 de julio de 1838), cuya idea principal se encuentra formulada de manera rotunda cuando afirma: «Hemos podido establecer por tesis general, que el españolismo es la esclavitud». Partiendo de estas ideas esenciales, analicemos con mayor detenimiento esa visión de España que *El Iniciador* construyó a lo largo de su breve, pero intensa andadura.

***El Iniciador* frente a España: un periódico para la independencia cultural y literaria latinoamericana**

La citada «Introducción» de *El Iniciador*, que lleva fecha de 7 de abril de 1838 (si bien aparece el 15 de abril), fija la línea ideológica del periódico, «puramente literario y socialista», que trata de combatir el lastre de la ignorancia para el resurgir nacional, pues «un pueblo ignorante no será libre porque no *puede serlo*» (I, 1). Para asentar esa libertad sobre cimientos sólidos, lo primero que el artículo se plantea como objetivo crucial es la independencia cultural y espiritual respecto a España, una vez concluida la emancipación política, metaforizadas cada una de ellas en la «cadena material» para esta última, y la cadena «invisible», para la otra (la espiritual), no menos penetrante y establecida:

Dos cadenas nos ligaban a la España: una material, visible, ominosa: otra no menos ominosa, no menos pesada, pero invisible, incorpórea, que como aquellos gases incomprensibles que por su sutileza lo penetran todo, está en nuestra legislación, en nuestras letras, en nuestras costumbres, en nuestros hábitos, y todo lo ata, y a todo le imprime el sello de la esclavitud, y desmiente, nuestra emancipación absoluta. (I, 1)

En la misma «Introducción» se advierte de que esta declaración inicial del programa emancipador del periódico no va a ser un mero tema para su desarrollo, sino que se convertirá en eje vertebrador, ya desde estas primeras páginas, pues ocupa la totalidad del artículo. Así pues, se argumenta en esta dirección que la guerra de Emancipación fue «la misión gloriosa de nuestros padres», mientras que la nuestra ha de ser ya otra: la conversión de «la personalidad nacional» en «una realidad» (I, 1).

Para ello, se plantea que no habrá más remedio que ocuparse «de producciones extranjeras», que «poco a poco serán reemplazadas por nacionales» (I, 2). Y entre los autores nacionales, ya en este primer artículo, se destaca a uno que curiosamente no es francés, inglés, italiano... sino español: «El célebre Fígaro llenará algunas columnas con sus artículos no publicados en los dos tomos reimpresos en esta capital: pueden servir como de apéndice a esta colección» (I, 2). Es decir, se aclama a quien consideran que es representante

y emblema de esa *Joven España* de la que han comenzado a hablar desde las primeras páginas del periódico.

Avanzamos en la lectura del periódico y, en este mismo primer número, nos encontramos con un artículo que precisa nuestra atención: «Golpe de vista sobre la literatura española», firmado por P. Leroux, y traducido del francés por la redacción de *El Iniciador*, tal y como se explicita. La visión sobre España en el seno de Europa, en relación con el desarrollo del saber, se formula desde la negación absoluta de su contribución a tal desarrollo. Tratándose de la opinión de un autor francés, no resulta extraño que se utilizaran en el periódico sus ideas para atizar sobre la maltrecha España los rescoldos del anti-españolismo. De hecho, es habitual en estas décadas la utilización por autores hispanoamericanos de voces autorizadas de la vieja Europa para remachar una posición de España en su historia que convenía desde América, con el fin de justificar la necesidad de zafarse de toda influencia de lo español en sus costumbres, cultura y literatura. Leamos en este sentido a Leroux:

No; ella no ha dado un solo hombre ilustre a ninguna de estas cuatro categorías en que se clasifican y resumen todos los trabajos intelectuales de la Francia, de la Italia, de la Inglaterra y de la Alemania [en referencia a la Escolástica, el Renacimiento, la Reforma, la Filosofía]. ¿Qué hacía España mientras Europa trabajaba en su reforma? [...] ¿Qué hacía cuando Francia e Italia, y aun la Inglaterra y Alemania, restauraban tan gloriosamente la antigüedad? [...] ella no ha contribuido en nada ni ayudado a construir ninguno de los eslabones sobre que se han alzado los tiempos modernos. (I, 11)

En lo que atañe a la literatura española, en la misma línea hispanófoba, Leroux señala lo exiguo de su producción, reduciéndola a unos pocos nombres, que, sin embargo, eran algunos de los más grandes autores de la historia literaria universal: «La España ha sido un caballero siempre en guerra, una ciudadela sitiada. [...] ¿De qué se compone en efecto la literatura española? Del poema del Cid, del romancero de Alonso de Ercilla, Cervantes, Lope de Vega...» (I, 13).

El artículo concluye con un fragmento titulado «Sobre la anterior traducción», en el que la voz de *El Iniciador* reaparece para vincular la visión de España lanzada por Leroux con la situación de una América heredera de la madre «desgarrada»:

La América es un vasto cementerio: impiedad bárbara es cantar alegrías en medio de las tumbas. —Somos hijos del genio destructor; para tener vida desgarramos el seno materno: y bien ¿nos detendremos como el insensato a contemplar las ruinas, cuando el lamento de la Patria nos llama al trabajo, a la producción de todo lo que nos falta? No, no por Dios, si no queremos contrariar el destino de la Patria. (I, 16)

Es decir, ante la evidencia de una realidad «ruinosa», estos intelectuales, como si de los regeneracionistas del fin de siglo peninsular se tratara, asumían la necesidad de oponer el trabajo a las lacras del pasado para fundar la patria. En esta dirección, no deja de ser llamativo que, para cerrar el artículo de Leroux (tan crítico con España, su historia, su literatura y su cultura) en este fragmento final se dé un giro a esta visión, y se concluya aclamando a la otra España, como nueva hermana y amiga, cifrando esa hermandad en la identificación de situación y destino: «La España joven es nuestra mejor amiga, es nuestra hermana; pues que nuestra misión es idéntica a la suya. La ofrecemos una mano de amigo, y un corazón de hermano. Firmado E» (I, 16).

Esta dualidad en la proyección de España que *El Iniciador* construye, alcanza su cenit en el artículo, ya mencionado en estas páginas, «¿Qué nos hace la España?» (nº 6, 1 de julio de 1838). El ataque a la vieja España es abordado aquí desde un punto de vista irónico: España resulta «tan culta, tan libre, tan avanzada, tan ilustrada», que «no puede tener una idea, una ley, una institución, una costumbre, una tradición que no sea de progreso y libertad» (I, 121). A renglón seguido se formula el problema de la relación con la América emancipada, pues España, «después de habernos gobernado por la autoridad, hoy nos gobierna por su espíritu»; es decir, que el tutelaje cultural se seguía sintiendo de forma actuante, y así se seguiría percibiendo a lo largo de todo el siglo XIX, e incluso a comienzos del XX, tras la emancipación cubana, tal y como puede comprobarse en las páginas de la prensa dedicadas por Fernando Ortiz⁵ al conocido viaje realizado por Rafael Altamira a América entre 1909 y 1910, con el fin de restablecer esos puentes de comunicación entre España y las repúblicas latinoamericanas cuyo origen estamos detectando en el periódico objeto de este estudio. Es más, se hace notar en muchas páginas del periódico uruguayo la prevalencia del gusto español incluso en la arquitectura de los nuevos teatros. Al tratar, por ejemplo, sobre el edificio del nuevo Teatro de la Victoria, a Figarillo le parece que es todo él del gusto español. Y no solo la mole sino también las propias representaciones que allí se podían ver, como la del *Angelo* de Hugo, objeto de reseña, se ejecutan igual que se hubiera hecho en España (I, 200). Pero la España a la que se alude, como se ha dicho, no es uniforme: «Dos son los grados de Cervantes, y por tanto de España: Don Quijote, el uno; Sancho, el otro» (I, 200). El primero corresponde, según Figarillo, al pasado y el segundo al presente. Se sorprende Alberdi de que la obra de Victor Hugo hubiera sido entendida por parte del público, lo que le

5. Artículos de Ortiz en el diario *El tiempo* y en la *Revista bimestre cubana*, ambos de La Habana, publicados entre 1909 y 1910.

lleva a sentenciar un tanto a la ligera lo siguiente: «El corazón americano es todavía demasiado inmaduro y tierno para comprender los misterios del corazón europeo» (I, 200). Pero los autores dramáticos españoles de mayor nombradía tales como Moratín, Bretón y Martínez de la Rosa, son valorados muy por debajo de los grandes románticos europeos Schiller, Goethe, Hugo.

En otra reseña teatral, la correspondiente a la representación en Buenos Aires el 10 de junio de 1838 de *Carlos o el Infortunio*, de Luis Méndez, se alude claramente a la emancipación americana y a la regeneración social:

Algo más que separarnos de la Corona de Castilla tuvo en vista el heroico pensamiento que concibió en mayo de 1810 la Independencia americana. Su concepción era más grande, más generosa. Se trataba nada menos que de operar la metamorfosis de todo un pueblo: de fundir los gastados elementos de una sociedad gótica, desvirtuada, esclava, para construir una sociedad joven, republicana, ilustrada. (I, 209)

Se recalca de la misma forma la visión de España en el artículo de Alberdi ya citado «Reacción contra el españolismo» (nº 8, 1 de agosto de 1838), tomado de *La Moda*, tal y como se indica en nota al pie. En él, Alberdi utilizó las palabras de Larra para denunciar la situación de Argentina, que, paradójicamente, venía a coincidir desde su punto de vista con la España del momento, de modo que las palabras de Figaro podían aplicarse perfectamente a la historia de su propia nación. Españoles y argentinos venían a hermanarse así en el sufrimiento provocado por una historia compartida. Las siguientes líneas son definitivas para comprender la consideración de España, el sentimiento de filiación dentro de la necesaria emancipación, y el reconocimiento a la parte renovada de la misma:

No es una cosa tan agradable atacar las costumbres de nuestros mismos padres, de nuestros mismos amigos, de nosotros mismos; pero si en estas consideraciones se hubiesen detenido los que comenzaron la revolución americana, tampoco seríamos hoy independientes y republicanos.

Muchos de nosotros tenemos padres españoles cuya memoria veneramos. Tratamos españoles dignos, que nos llenan de honor con su amistad. Fre-cuentamos escritores a quienes debemos más de una idea. Pero todo esto no nos estorba el conocer que el mayor obstáculo al progreso del nuevo régimen, es el cúmulo de fragmentos que quedan todavía del viejo. (I, 183)

En este último sentido, la rotundidad sobre el pasado colonial se expresa con el juicio sobre la historia: «Para nosotros, el período español y el período tiránico, son idénticos» (I, 183). Y tras tildar algunas de las antiguas costumbres de «obscuras y miserables», añade que sobre el *españolismo* en América no hay «una tendencia retrógrada que no sea de origen español», para agregar, de

forma más tajante, que (como ya se ha citado) «hemos, pues, podido establecer por tesis general, que, el españolismo, es la esclavitud» (I, 183).

Nuevamente, esta «reacción contra el españolismo» concluye con otra vuelta de la mirada hacia la *España joven*, para justificar con mayor rotundidad la crítica:

¿Y no es la España misma la que proclama hoy todas estas verdades, la que se agita por arrojar su antigua condición, por dejar de ser lo que era, por transformarse en otra nación nueva y diferente? ¡La misma España persigue a la España; y se nos hace un delito a nosotros de que la persigamos! ¡La joven España, la hermana nuestra, porque venimos de un mismo siglo, se burla de la España vieja, la madrastra nuestra: ¿y nosotros no tenemos el derecho de burlarla? (I, 183)

La apelación a la joven España y la reivindicación de la savia nueva que esta produce vuelve a manifestarse en la contundencia crítica que los intelectuales rioplatenses emplearon en la alabanza de su máximo representante, Larra, a través de la cita extensa entresacada del artículo «Jardines públicos»⁶, utilizada por Alberdi en «Reacción contra el españolismo»:

Solamente el tiempo, dice Larra, las instituciones, *el olvido completo de nuestras costumbres antiguas* —esas que nosotros también queremos y debemos olvidar—, «pueden variar nuestro obscuro carácter. ¡Qué tiene esto de particular en un país, en que le ha formado tal una larga sucesión de siglos en que se creía que el hombre vivía para hacer penitencia! ¡Qué, después de tantos años de gobierno inquisitorial! Después de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos a cada momento; sin embargo, lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir la verdadera libertad. Y las costumbres no se varían en un día, desgraciadamente, ni con un decreto; y más desgraciadamente aún, un *pueblo no es verdaderamente libre, mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres, o identificada con ellas*» (Figaro, «Jardines públicos»). (I, 183)

Tal idea sería acogida por escritores como Domingo Faustino Sarmiento o Esteban Echeverría para el planteamiento de la emancipación cultural y espiritual, es decir, de la libertad (en toda su amplitud), desde el punto de vista de una construcción identitaria nacional basada en las costumbres propias. Así lo formuló Sarmiento en 1845 en su *Facundo. Civilización y barbarie* en relación con la independencia literaria, esto es, con la construcción de la literatura propia:

Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las

6. «Jardines Públicos» apareció publicado en *La Revista Española* en 1834 (n.º 246).

grandiosas escenas naturales, y, sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia: lucha imponente en América, y que da lugar a escenas tan peculiares, tan características y tan fuera del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, porque los resortes dramáticos se vuelven desconocidos fuera del país donde se toman, los usos sorprendentes, y originales los caracteres. (I, 32)

Echeverría, unos años atrás, había usado la idea en el prólogo a su obra *Los Consuelos* (publicada en 1834)⁷, en cuyo conocido «Epílogo» planteó la necesidad de aclimatar el programa romántico europeo a la realidad argentina, con el fin de poner las bases de esa literatura nacional que evidenciaba la comunión perfecta entre el ideario romántico y la Independencia, fundamentalmente en lo que atañe a la reivindicación romántica de lo nacional y de las propias costumbres. Así lo dejó escrito Echeverría:

[...] Preciso es que [nuestra poesía] aparezca revestida de un carácter propio y original, y que, reflejando los colores de la naturaleza física que nos rodea, sea a la vez el cuadro vivo de nuestras costumbres, y la expresión más elevada de nuestras ideas dominantes, de los sentimientos y pasiones que nacen del choque inmediato de nuestros sociales intereses, y en cuya esfera se mueve nuestra cultura intelectual. Sólo así, campeando libre de los lazos de toda extraña influencia, nuestra poesía llegará a ostentarse libre como los Andes; peregrina, hermosa y varia en sus ornamentos como la fecunda tierra que la produzca.

Se exponen los mismos argumentos en el artículo «Costumbres», en que se airea la idea muy manida en la prensa americana del momento de que no hay patria sin costumbres:

Luego que la lucha de nuestra emancipación peninsular fue coronada, nuestra patria no debió escribir el orden nuevo que quería abrazar en las páginas de una constitución escrita, sino en la vida consuetudinal de la nación. La libertad como el despotismo vive en las costumbres [...] La libertad inglesa existe en sus costumbres. La esclavitud española existe en sus costumbres [...] Quien dice costumbres dice ideas, creencias, hábitos, usos. (I, 253)

Por la misma senda, al extractar la redacción de *El Iniciador Un año en España* de Didier, ésta hizo hincapié en el estudio de las costumbres, motivo principal del nuevo ideario romántico europeo, bajo cuyo manto se halla la verdadera esencia de hechos y tipos:

Estudiar la España y su revolución: mostrarla sin lisonja ni encono: relatar algunos hechos: hacer algunas observaciones que sirvan de guía al andar el

7. Como señala Teodosio Fernández, tras la «escasa atención» recibida por *Elvira o la novia del Plata* (1832), *Los Consuelos* «fue un acontecimiento en la sociedad porteña y convirtió a su autor en el maestro de los nuevos escritores» (2010).

largo camino que separa a Fernando VII de Mendizábal, tal es lo que se propone el autor refiriendo lo que ha visto y oído, estudiando el fondo de las cosas y buscando más arriba de las formas políticas la vida social que estas ocultan o disfrazan: estudiando sobre todo las costumbres, porque ellas ponen en transparencia a los hombres, y sin el conocimiento de estos no pueden entenderse los acontecimientos». (I, 235)

Cuando esta década del 30 llegaba a su fin, también *El Iniciador* acogió en sus páginas la asociación entre el movimiento literario romántico y el ideario independentista. Concluycamos, pues, con el relato de algunos de sus hitos principales.

Romanticismo e Independencia en *El Iniciador*

Para ello, recordemos nuevamente a Sarmiento en su *Facundo*, como obra crucial que contiene el planteamiento definitivo, ya en 1845, de todas aquellas ideas que la *Nueva generación argentina* había fraguado en la prensa:

Existe, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra. La poesía, para despertarse (porque la poesía es como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano), necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad, de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible, porque sólo donde acaba lo palpable i vulgar empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal. (2007: 33)

Una naturaleza diferente, un espacio geográfico distinto, engendran costumbres nuevas y todas ellas —naturaleza y costumbres— son las protagonistas del nacimiento de lo nuevo también en literatura. ¿Cómo se desarrolla esta idea en *El Iniciador*? En el n° 2 de primero de mayo de 1838 encontramos un artículo curiosamente titulado «¿Quiénes escriben *El Iniciador*? Diálogo sobre alguna cosa». Se trata efectivamente de un diálogo entre varios personajes que debaten sobre la pertinencia, o no, de conocer a los autores de los artículos (pues la mayoría de estos son firmados únicamente con iniciales); o si es suficiente con conocer los escritos para emitir un juicio sobre el periódico. Interesa una de las respuestas para el tema que nos ocupa. Un personaje interviene en el sentido de la necesidad de conocer a los autores, porque de lo contrario sería como robar «a la Patria los frutos preciosos de la primavera para presentarle las hojas secas del otoño», «y la sociedad será lo que la literatura en manos de los CLASICISTAS⁸: un eterno pleonasma; una eterna iniciación; una abnegación completa de progreso; una deserción del porvenir...» (I, 32).

8. Véase al respecto Martino, 2012.

Contra ese «clasicismo» se posicionó *El Iniciador*⁹, de forma muy clara, cuando en el n° 3, de 5 de mayo de 1838, el artículo titulado «Literatura» no sólo lanzaba un ideario transido de los discursos principales de la Independencia, desde la «Carta a los españoles de América» (escrita en la última década del siglo XVIII) de Juan Pablo Viscardo, hasta la «Carta de Jamaica» (1815) y el «Discurso de Angostura» (1819) de Simón Bolívar («Nos hallamos en una época de acción, de trabajo: un campo inculto nos legaron nuestros padres, ellos pelearon, destruyeron; a nosotros nos toca alzar el edificio, levantar el templo de nuestras adoraciones y creencias») (I, 49) sino que al mismo tiempo el artículo se construye como manifiesto sobre el romanticismo como corriente literaria idónea para las necesidades del nuevo tiempo latinoamericano y su independencia:

No ha mucho tiempo que la Europa sostenía una lucha encarnizada; la invasión de una literatura toda nueva, hostil y atrevida, se presentó con rostro descubierto a combatir corporalmente las reglas, los gustos formados por ellas, y los colonos que dirijían (sic) los destinos literarios del mundo.

La insurrección levantó su estandarte y las generaciones jóvenes corrieron a combatir con él y por él [...]. Los nombres de clásicos y románticos, vinieron a ser la divisa de los combatientes; estos peleaban por la libertad absoluta del arte, aquellos defendían la rutina, las formas iniciadas por Aristóteles... (I, 49)

A continuación ensalza a sus protagonistas europeos:

Fácil es concebir que una escuela que levantaba el estandarte de la regeneración, que peleaba denodadamente por romper las cadenas del genio tendría secuaces, fuertes como la juventud, santos como la libertad. Byron, Hugo, Chateaubriant, Hoffman, Novalis, Pellico, Grossi fueron apóstoles de la nueva doctrina. (I, 49)

Y más adelante desarrolla las ideas románticas, que venían a coincidir con las necesidades de la independencia latinoamericana, desde el plano global de lo que el surgimiento del romanticismo significó: «Se ventilaban grandes intereses sociales en esta lucha: la insurrección romántica invocaba los nombres de patria, religión, libertad; los clásicos, los de obediencia, respeto, autoridad» (I, 49), hasta llegar al planteamiento específicamente americano:

Nosotros concebimos que la literatura en una nación joven, es uno de los más eficaces elementos de que puede valerse la educación pública. [...] Para

9. La misma postura había adoptado unos pocos años atrás la madrileña revista *El Artista*, que pretendió erigirse en portavoz del nuevo ideario romántico representado en una nueva generación frente a los «clasiquinos», que son incapaces de comprender la idea de progreso. Véase al respecto Ferri, 2011.

nosotros su definición debe ser más social, más útil, más del caso, será *el retrato de la individualidad nacional*. [...]

Pensamos que las Repúblicas Americanas, hijas del sable y del movimiento progresivo de la inteligencia democrática del mundo, necesitan una literatura fuerte y varonil, como la política que las gobierna, y los brazos que las sostienen. [...] nosotros, digo, no debernos ocuparnos de esa literatura de lo bello, que para los antiguos era todo, sino como uno de los accesorios que puede dar más valor a la obra. Ante todo la verdad, la justicia, la mejora de nuestra pobre condición humana, en fin, todo o que, aun sacrificando la perfección nos de un progreso moral e intelectual. La obra que no llene esta doble misión, si no es del todo mala, es cuando menos importuna.

[...] nos falta todo: somos hijos desheredados de una madre cuyo seno ha sido desgarrado por nuestras propias manos. El patrimonio de la patria es ilusorio; a sus hijos les toca realizarlo. Tal es nuestra misión.

Ya veis pues, que ante todo, nuestra literatura debe ser caracterizada por rasgos verdaderamente nacionales. Debe contener la expresión de nuestra vida; sin esta, será un plagio, una ficción de más, y nos presentaremos al mundo como los viles, que toman la fisonomía de todos, y no se parecen a ninguno. (I, 51)

En el artículo «Figarillo en Montevideo» se enuncian asimismo los elementos constitutivos del concepto de nación, así como los diferentes lazos que atan a las antiguas colonias con la que fue su metrópoli:

El cómo, el porqué atiéndelo cada nación, tú lo sabes [se dirige a su interlocutor poético] se compone de un cierto número de elementos, que ordinariamente se reducen al Estado, el Arte, la Industria, la Filosofía, la Religión. Así estaba compuesta la civilización cuyos funerales fueron anunciados por la campana de mayo. Pero mayo no vio morir todos esos elementos de la antigua sociedad, sino uno solo, el primero, el elemento político. Mayo solo derrocó la España política; quedan, pues, en pie la España literaria (que es la que hoy se trata de enterrar), la España industrial, la España civil, la España filosófica (que por fortuna no es necesario derrocar porque no se sabe lo que es España filosófica). Hasta tanto que todos esos elementos de la vieja sociedad española no hayan sido derrocados uno a uno en el suelo argentino; hasta tanto que cada uno de ellos no haya sufrido su 25 de mayo, no podemos decir que hemos hecho una revolución americana, porque una revolución americana no podrá ser sino el triunfo del americanismo, es decir, de los elementos propios de la civilización americana, sobre el españolismo, es decir sobre los elementos añejos y exóticos de la civilización española». (II, 52-53)

Corona lo dicho arriba la afirmación de que «pasó la guerra política, ahora estamos en la literaria» (II, 53). Tales ideas expuestas en *El Iniciador*, planteadas anteriormente por Echeverría en *Los Consuelos*, y reformuladas por Sarmiento en *Facundo*, evidencian la profunda preocupación de la intelectualidad

rioplatense por esta problemática, que se desarrollaría a lo largo del siglo XIX como un proceso que, tras cuatro siglos de colonización, no podía ser sino progresivo y duradero en el tiempo. Los mismos argumentos fueron desmenuzados en un editorial encabezado por el sugestivo título de «Porvenir», que constituye de suyo una apretada arenga a la juventud de una «nación joven»:

Puros y ardientes espíritus, hombres de corazón y de conciencia, en quienes el amor reboza, y sobre la fe, se lanzan a un mundo nuevo, joven y lleno de esperanza como ellos. No temáis, dadles su puesto. Es una generación que trae la experiencia de los años [...] Si nuestros padres en su edad destronaron al déspota, a la juventud compete levantar el altar del triunfo. Si nuestros padres fueron grandes en las batallas a la juventud toca la grandeza en la paz. (I, 186)

Y también en otras páginas del periódico, como en el artículo «A la juventud», firmado por D. y L.:

La joven generación que se levanta proclamando los santos principios de Libertad, Igualdad, Asociación, promete sin duda a la Patria su completa y gloriosa rehabilitación ¿Cuál es en efecto la influencia que han ejercido sobre los destinos de la América española la luz nueva del siglo en que vivimos? Busco la libertad en mi patria y nada más encuentro que una palabra República [...] El nacimiento es solo el germen de la vida, no la vida misma. (I, 248)¹⁰

A la hora de hacer balance de la nueva publicación, en el broche del primer tomo, la redacción de *El Iniciador* quiso recordar a sus suscriptores las ideas fundamentales que se habían ido desarrollando en las páginas precedentes, al tiempo que agradecen la buena acogida que ha tenido el periódico:

Una publicación principiada en medio de la tormenta que bate a nuestra sociedad sin más objeto que proclamar el progreso social, prescindiendo de todo lo que se pasa en el día. [...] Las sociedades americanas, tan conmovidas en su superficie, ofrecen un corazón virgen y lleno de vida, parecidas a aquellos seres que por las circunstancias que se ven arrastrados al laberinto de las pasiones, y que conservan ileso el profundo sentimiento de la paz, del amor. Poned los ojos en los enormes resortes de prosperidad nacional que diariamente se tocan entre nosotros y aquella verdad nacerá por sí sola. Examinad la vida íntima y secreta de esta sociedad y hallaréis que aún palpita plenamente. Lanzad una voz que afecte esos sentimientos, y encontraréis un eco de amistad, de amor; y tenemos la ilusión de haberlo conseguido por nuestra parte. [...] Quisimos mostrar a la patria que sus jóvenes hijos no son indignos de la misión a que están destinados; que las nuevas inteligencias no

10. El Tomo 2, número 4, 1839 se inicia precisamente con unas palabras simbólicas a propósito del progreso y la nueva generación argentina

se han adormecido con el letargo general¹¹, y que es un holocausto lo que la nueva generación hace a la que le dio una patria, una individualidad libre e independiente. (I, 271)

Concluamos estas páginas regresando a Larra, con el artículo de *El Iniciador* que lleva por título «¿Qué dice usted? Que es otra cosa», pues éste se inaugura con la siguiente cita de Fíguro, que parece idónea para cerrar este capítulo sobre España en América en sus orígenes más vivos, es decir, en la prensa:

«Si me oyen me han de llamar mal Español porque digo los abusos para que se corrijan, y por que deseo que llegue a mi patria el grado de esplendor que cito. Aquí creen que solo *ama a su patria* aquel que con vergonzoso silencio, o adulando a la ignorancia popular, contribuye a la perpetuación del mal...» (I, 70)

No en balde, Esteban Echeverría, en una conocida polémica que mantuvo con Alcalá Galiano (que puede encontrarse en el apéndice al texto «Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37», de 1846) volvió a aclamar a Larra, y a Espronceda, como líderes de la *Nueva generación* al enfrentarse a los intentos desde España por mantener el tutelaje cultural y literario sobre Latinoamérica:

[...] No nos hallamos dispuestos a adoptar su consejo, ni a imitar imitaciones, ni a buscar en España ni en nada español el principio engendradora de nuestra literatura, que la España no tiene, ni puede darnos; porque, como la América, «vaga desatentada y sin guía, no acertando a ser lo que fue y sin acertar a ser nada diferente». [...]

Sea cual fuere la opinión del señor Galiano, las únicas notabilidades verdaderamente progresistas que columbramos nosotros en la literatura contemporánea de su país, son Larra y Espronceda; porque ambos aspiraban a lo nuevo y original, en pensamiento y en forma. [...]

Sin embargo, la América, obligada por su situación a fraternizar con todos los pueblos, necesitando del auxilio de todos, simpatiza profundamente con la España progresista, y desearía verla cuanto antes en estado de poder recibir de ella en el orden de las ideas, la influencia benefactora que ya recibe por el comercio y por el mutuo cambio de sus productos industriales. (I, 97, 98, 107)

Estas últimas líneas cierran la visión ecuánime y de futuro que, a la postre, estaban creando los intelectuales protagonistas de la construcción identitaria nacional en relación con España. Sin duda, no existió la voluntad de

11. Curiosamente se había hecho eco el periódico, en el artículo «El alma de los pueblos» de la siguiente cita: «De todas las enfermedades humanas la más triste es el sueño del alma ¡Cuántos hombres pasan por la tierra sin despertarse nunca!» (I, 256), que P. H. traduce de la obra de A. Martin *Educación de las madres de familia*.

romper definitivamente los lazos históricos que se quisieron preterir en aquel momento (y que de hecho ya se habían desanudado con la Independencia política), sino que más bien se intentó recomponer estos partiendo de un sentimiento reconciliador que sólo podía alimentarse de la savia de la *España joven*. Sin embargo, esta sólo llegaría a su pleno «ser» décadas después, cuando la debacle del 98 estamparía su nombre en la Historia. Pero esta Historia, que es la del Regeneracionismo, el 98, y los nuevos lazos con los intelectuales hispanoamericanos del fin de siglo, pertenece ya a otro tiempo y, por ello, a otro momento de estudio.

Bibliografía

- ÁLVAREZ ARREGUI, Federico. 1979. «Larra en España y en América» [*Ínsula*, 188-189, (1962)], en *Mariano José de Larra*, Rubén Benítez (ed.), Madrid, Taurus.
- ARRIETA, Rafael. 1980. *La literatura argentina y sus vínculos con España*, Editorial Uruguay.
- ECHVERRÍA, Esteban. 2001. *Ojeada retrospectiva* (Montevideo, *El Nacional*, 1846), en *EDogma socialista y otras páginas políticas*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Edición digital a partir de la edición de José M. Díez, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1948.
URL: <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=4915>
- EL INICIADOR* (1838-1839). Montevideo. Ed. digital: <http://www.periodicas.edu.uy/v2/minisites/el-iniciador/index.htm> Ed. facsímile: Buenos Aires, Kraft, 1941.
- FERNÁNDEZ, Teodosio. 2010. *Introducción a la teoría y crítica literaria de la emancipación hispanoamericana*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, edición digital a partir de la de Alicante, Instituto de Cultura Alicantina Juan Gil-Albert, 1997, pp. 13-40.
URL: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/introduccion-a-la-teoria-y-critica-literaria-de-la-emancipacion-hispanoamericana/html/>
- FERRI COLL, José María. 2011. «Las ilustraciones de El Artista y la idea de lo romántico de la década de 1830». *Literatura ilustrada decimonónica. 57 perspectivas*, Santander, PubliCAN, págs.. 243-250.
- FERRI COLL, José María 2013 (en prensa). «Sin costumbres no hay patria: Lectura hispanoamericana de los artículos de Larra», en B. Rodríguez y R. Gutiérrez, *Homenaje a Salvador García Castañeda*, Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo.
- GHIRARDI, Olsen A. 2003. «Juan Bautista Alberdi y *El Iniciador* de Montevideo». *Cuadernos de historia*, n°. 13, págs. 15-46.
- LA MODA. 1938 [1837-1838], reimpresión facsimilar, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia.

- LARRA, Mariano José de. 1938. *Artículos de costumbres: filosóficos, satíricos, literarios y políticos*, con una conferencia que el Dr. Gustavo Gallinal pronunció en el Ateneo de Montevideo, Montevideo, Claudio García y Cía.
- MARTINO, Luis Marcelo. 2012. «Clasicismo y romanticismo en *El Iniciador*». *Praesentia. Revista Venezolana de Estudios Clásicos* 13.
URL: <http://erevistas.saber.ula.ve/index.php/praesentia/article/view/4239>.
- SARMIENTO, Domingo Faustino, «Las obras de Larra», en *Mariano José de Larra*, Rubén Benítez (ed.), Madrid, Taurus, 1979.
- SARMIENTO, Domingo Faustino, 2007. *Facundo o Civilización i barbarie en las pampas argentinas*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Buenos Aires, Biblioteca Quiroga Sarmiento, 1874.
- SEGOVIA GUERRERO, Eduardo. 1986. *Quinto centenario*, 11, págs. 163-178.
- VALERO JUAN, Eva M. 2011. «La impronta de Larra en Hispanoamérica en el bicentenario de la independencia», en eds. Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, José María FERRI COLL y Enrique RUBIO CREMADES, *Larra en el mundo. La misión de un escritor moderno*, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, págs. 345-358.
- VEDIA Y MITRE, Mariano de. 1941. «El Iniciador y la generación de 1837», en AA.VV. *El Iniciador*. Edición facsimilar, Buenos Aires, Kraft.
- VERDEVOYE, Paul, *Costumbres y costumbrismo en la prensa argentina (1801-1834)*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1994.
- ZINNY, Antonio. 1883. *Historia de la prensa periódica de la República Oriental del Uruguay 1807-1852*, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo.
URL: <http://www.periodicas.edu.uy>.

Fecha de recepción: 18/05/2013

Fecha de aceptación: 17/09/2013